

Luciana Zavattaro

La sombra de Tinta Negra



*LA SOMBRA
DE
TINTA NEGRA.*

La lluvia me trae recuerdos de ti; y es la más arraigada de mis tristezas... el más torturador de los dolores. Tu ausencia aun se anuda en mi pecho casi tan desgarradoramente que me deja sin aire. Es el recuerdo de tu existencia, en mi memoria la celda que me aprisiona... la espina que piso cada día, el llanto que fluctúa mis emociones cada mañana y las pesadillas con las que lucho cada noche... ¿volveré a verte alguna vez? ¿Realmente exististe en mi vida o sólo fuiste una mera ilusión? Hoy te amo más que nunca, pero sé que tú, en tu odio por lo que hice, jamás volverás por mí y lamentaré durante mi eterna existencia haberlo hecho...

Te amo.

Prefacio

Interior de la Basílica de Lujan, Buenos Aires, Argentina.
0.10 AM

Era muy tarde. La luz de la luna llena se derramaba sobre la basílica con una serenidad escalofriante.

El panorama era espectral, denso; hasta el aire, impregnado de aroma a cera quemada parecía tangible.

La bailarina, parada sola frente al altar, sabía que todos los peligros y experiencias vividas desde aquella lluviosa tarde de abril se reducían a ese momento. Finalmente se responderían todos sus interrogantes, a pesar del alto precio que eso representaba.

—Lisa... —susurró una voz.

Por un momento la bailarina sintió la seducción de la sorpresa, pero era consciente de que la imagen de La Virgen María, no era precisamente la que le hablaba.

No...

Una persona acababa de salir de uno de los nichos.

Lisa giró sobre sus talones. Estaba lista, aunque un leve temblequeo se reprodujo en sus extremidades como consecuencia de los nervios.

Miró a la distancia, tratando de acostumbrar sus ojos a la penumbra. En un principio, sólo distinguió un resplandor dorado suspendido en el aire. Flotaba... ¿o no...?

Allí había alguien. Su imagen no estaba muy definida, debido a las sombras... y eso era incluso más aterrador.

La figura que le devolvía la mirada estaba a casi ocho metros de ella. Era alta y de hombros amplios; o al menos así se veía en plena oscuridad. Lucía tranquilo pero expectante. Cargaba una lámpara de aceite y la mantenía erguida a la altura de la cintura.

Después de tanto tiempo... tantas muertes... tantas preguntas... había llegado el momento de la verdad.

La ansiedad le bloqueaba la respiración. Su diafragma parecía acalambarse.

El sujeto, escoltado por las estatuillas que observaban la escena desde las alturas, avanzó con paso lento pero decidido hacia la luz que salía del altar y finalmente se reveló.

Entonces las nubes taparon la luna.

—Te he estado esperando, mi querida Reina Verde —dijo.

Lisa se estremeció al ver su expresión, en todo su esplendor.

Era fantasmal... Era el asesino.

VARIOS MESES ANTES...

CAPITULO

-1

Conferencia y ausencias...

Hotel Sheraton, Buenos Aires, Argentina.

El reloj de la suite San Martín sobre la puerta indicaba las nueve y veintitrés minutos pm. Afuera llovía copiosamente y el viento nocturno arremetía sin piedad sobre los empapados cristales.

Paola Zoet tomó un trago de whisky en un intento infructuoso de relajarse y dejó el vaso vacío sobre la mesa.

Estaba a solo unos minutos de salir a dar una conferencia de prensa en el hotel más prestigioso de la ciudad de Buenos Aires. La rodeaban paredes claras, cuadros pintados al óleo y muebles antiguos de madera fina. El suelo era de mármol y del techo colgaba una lámpara de lujo espectacular. La exquisitez con la que estaba decorada la habitación con su enorme chimenea negra y varios jarrones con flores, era digna de admiración.

Aquel día una serie de eventos literarios poco frecuentes, debido a la magnitud que los caracterizaba, se habían celebrado especialmente por ella en varias de las librerías de Puerto Madero y Capital Federal... bueno, en realidad no por ella, sino por la publicación de su último libro.

Exhaló profundamente. Paola Zoet era una talentosa escritora argentina, con una trayectoria de treinta y seis años. Había dedicado su vida entera al arte literario. Amaba los policiales. Solía meterse de lleno en lo que se consideraban las investigaciones criminales más intrincadas; en una ocasión de hecho, se había puesto de novia con un comisario para acceder a unos archivos donde figuraba la historia de uno de los criminales más conocidos de Venezuela. Gracias a ello y a sus extraordinarias ideas, había enhebrado lo que hoy eran los BestSeller de Latinoamérica por ex-

celencia y, con ello, ganado importantes premios en muchos países Europeos. El éxito se había disparado tras la publicación de su tercer libro; *“El Secreto del Prisionero Numero 27”*. Trataba sobre la desaparición de un convicto en una cárcel de máxima seguridad, que sólo había dejado una carta con encriptados numerológicos, escondida tras los ladrillos de una pared. A partir de entonces, la mayoría de sus novelas habían sido reconocidas a nivel internacional.

Esa noche se hallaba allí porque el día anterior había salido a la venta su última novela; y era muy importante debido a que con ella cerraba su carrera, algo que habían hablado mucho con su representante y que había causado un gran revuelo en el ambiente y en sus fieles seguidores. La razón, hasta entonces, era desconocida para muchos. Sin duda alguna, sería una de las preguntas que le harían esa misma noche los entrevistadores.

La última novela se titulaba: *“Tinieblas en las Calles Porteñas”*. Trataba sobre un Buenos Aires oscuro y frío, azotado por fuertes tormentas eléctricas y varios bancos de niebla. Tenía como protagonista a una escultural bailarina nudista llamada Lisa, que...

De pronto, golpearon la puerta.

—Adelante —dijo Paola con voz calma.

La mitad de un sujeto con un aparato auricular colgando del cuello y una carpetilla con papeles en las manos apareció entre la hoja y la pared cuando la puerta se abrió.

—Es hora, señora Zoet —le comunicó el organizador—. En cinco minutos dará inicio la conferencia.

—Perfecto —contestó poniéndose de pie y estirándose la ropa.

Se dio un último vistazo en el espejo que tenía enfrente: vestía un saco rojo sangre, que hacía combinación con una elegante falda del mismo color. El cabello rubio y liso le caía hasta los hombros. Se lo echó hacia atrás con gracilidad. Presionó sus labios en un beso al aire para coloreárselos más y sonrió. No solía maquillarse a menudo pero Sara, su asesora de imagen personal, le recordaba siempre

que una buena capa de rubor o lápiz labial demostraba amor hacia sí misma.

Abandonaron la habitación; el joven organizador guió a la escritora por un largo pasillo de alfombrado azul.

La trama de la novela había surgido en su mente una noche mientras leía una revista en la que aparecía una lista de los asesinos seriales más conocidos del mundo; entre los cuales se encontraban por supuesto Jack, el destripador, el hombre que había ocasionado la masacre en Texas y varios otros que a Paola le habían resultado interesantes como antagonistas en una historia, pero la pregunta era ¿qué había de sus razones? ¿Podría justificarse un asesinato?

Se masajeó los ojos sin dejar de caminar para calmar el ardor que le habían generado los flashes fotográficos de la tarde y se metió una mentita en la boca para disimular cualquier indicio de alcohol. Bajaron en ascensor hasta el primero piso y tras caminar por otro largo corredor, llegaron finalmente a la sala de conferencias.

Cuando ingresó, la luz que irradiaban los focos de las cadenas televisivas, la cegaron. Le resultaba increíblemente dificultoso ver a los periodistas presentes en la sala, aunque sí escuchaba sus voces murmurando rápidas indicaciones, haciéndose eco de su llegada.

El organizador la acompañó hasta el panel con micrófono donde la esperaban su representante y el presidente de la editorial.

Sobre el panel había un vaso con agua para cada uno y algunos apuntes. Los dos hombres a su lado, hablaban excitados sobre la posible repercusión de la novela a nivel mundial y las expectativas económicas que tenían, claramente mucho más emocionados que ella.

Si supieran que la cosa no iba por ese lado...

—Bien, bien... Bienvenidos a todos. —dijo el organizador
— La señora Paola Zoet responderá una pregunta por periodista...

Los camarógrafos echaron un último y rápido vistazo a sus cámaras y se posicionaron detrás para enfocarlos.

De pronto, todos guardaron silencio. Paola buscó algún rostro conocido entre la multitud. Necesitaba sentirse acompañada, pero desde un punto de vista más íntimo. Alguien que estuviese allí por ella y no por sus historias, alguien que pudiese ver a la persona y no a la escritora, que entendiase sus palabras como valores y no como un producto potencialmente exitoso...

No reconoció a nadie. Los flashes fotográficos y reflectores le nublaban la vista en parpadeos luminosos.

La realidad es no albergaba muchas esperanzas de que algún viejo amigo o familiar fuera a presenciar el cierre de su carrera; había perdido contacto con ellos hacía años...

“¿Qué hago aquí?” se cuestionó en un momento, tratando de no dejar en evidencia el cansancio que tenía. La sala abarrotada de hombres y mujeres con sus cámaras y cables se le presentaba como un frente de batalla al que debía sortear con inteligencia. Era la última conferencia de la noche, y de su vida probablemente.

Al cabo de un momento, mientras esperaba con las manos entrelazadas sobre el panel, la lluvia de preguntas comenzó. Gente de todos lados consultaba nombres, si habría alguna escena de sexo, algún asesinato, algo que pudiera ponerlos a sobreaviso o que resultara una buena primicia para entregar al público.

La conferencia se extendió a lo largo de la hora previamente pactada; los distintos representantes de cada medio fueron poniéndose de pie por turnos para expresar sus dudas. Luego de un sinfín de ellas, no muy diferentes entre sí, ya que no podía revelar demasiados detalles sobre su nuevo libro, decidió ir cerrando, avalada por un guiño de ojos con su organizador.

—Bien, para ir terminando ¿algún otro? —marcó terreno el hombre.

—¡Sí, acá, Marcela Pérez de Radio 108.6! —gritó desde el fondo de la sala, contra la pared izquierda, una voz fe-

menina.—¿Qué consejo le darías a los jóvenes escritores?

Paola se tomó enserio esa pregunta.

—Bueno, en primer lugar, mientras escriban olvidense de todo lo demás —dijo— Cuando lo hagan, no piensen en publicar, ni en la repercusión que va tener el libro. Ese es un error que cometemos muchos. Escriban y disfruten de la escritura. Yo siempre consideré que mis historias eran... tesoros, o más bien secretos. Publicar y que ustedes lean mis escritos era hacerlos participe de esos secretos. Los convertía a ustedes en mis cómplices.

La escritora se quitó las gafas y curvó los labios en una sonrisa picara.

—Por eso me demoró tanto esta publicación. Su valor era muy grande para mí. Necesitaba que llegara a sus manos, justo y sólo cuando ya no hubiera nada más para agregarle. Publicar un libro no es fácil, pero sí posible y también maravilloso. Y les confieso, esta noche, al entregarles este ejemplar, que me he quedado sin secretos.

Un fuerte aplauso brotó de la multitud, que observó cómo se despedía, con una sonrisa.

Afortunadamente la conferencia había salido bien. Se lo había hecho saber su representante, y lo sintió aliviada ella en su interior. Volvió a realizar el recorrido desde la sala en sentido inverso hasta su cuarto.

Entró en la suite. Tomó su cartera, guardó el libro en su interior y salió del lugar. Deseaba más que ninguna otra cosa poder regresar a su hogar. Era un pensamiento que había estado algo dormido durante la charla, y que ahora había cobrado fuerza nuevamente. El agotamiento mental la superaba.

Bajó al subsuelo en ascensor y se dirigió a su coche rojo; oportunamente estacionado cerca de la salida. Presionó el botón para desactivar la alarma y al instante éste emitió un pitido.

Abrió la puerta y se metió en el interior del vehículo. La cartera aterrizó sobre el asiento del co-piloto. Encendió un cigarrillo y fumó de él.

“Qué tranquilidad y silencio”, pensó agradeciendo ese otro minuto de paz... Ya no tenía intenciones de estar más tiempo fuera de su casa. Ni siquiera se imaginaba sacando la cajilla de libros que tenía en el baúl del coche. Suspiró, sabiendo que la odisea finalmente había terminado.

Mantuvo el cigarro sujeto entre los labios mientras hacía girar la llave y la llevaba a la posición de contacto. Soltó el pedal del embrague hasta escuchar el sonido del motor poniéndose en marcha. Por el retrovisor pudo observar una tenue nube de humo, escapando del caño de escape, eliminando los gases excedentes de la combustión. Bajó la ventanilla y exhaló el humo del cigarrillo.

Avanzó hacia la salida.

El Citroën rojo ascendió por la rampa de circulación; las luces bajas del frente dieron aviso al guardia de su proximidad, quien abrió la compuerta de salida y dejó de verlo, tras dar un giro casi fantasmal bajo la intensa lluvia torrencial que se precipitaba sobre las calles de Buenos Aires hace tres húmedos días.

Paola creía pronto llegar a su departamento y poder relajarse en la comodidad que le otorgaba el mullido colchón de algodón que había comprado hacía poco. La rutina, es un condimento de la vida que nos acostumbra a repetir determinadas acciones, un sin número de veces, hasta perder el significado de las mismas. Los imprevistos se encargan de demostrar que esta rutina, a veces tediosa, es un lugar seguro, del que no siempre es bueno escapar. Su forma de ver las cosas cambiaría radicalmente debido a que la noche todavía le deparaba otro destino. Un destino del que ella era protagonista, y que la pondría a prueba. Un destino que lo cambiaría todo...

CAPÍTULO 2- La sombra.

23:04 hs. Puerto Madero, Buenos Aires.

Las calles estaban desiertas cuando el automóvil rojo se internó en ellas. Paola, que conducía a gran velocidad por una avenida poco conocida, lo veía a través del empapado parabrisas, donde las gotas de la lluvia torrencial parecían repiquetear cada vez más insistentemente. Hacía tres largos días que llovía sin parar. Buenos Aires se veía gris y oscuro. Y era evidente que eso no cambiaría hasta pasados, por lo menos, otros dos o tres días más. Las grisáceas nubes, entre las cuales se fusionaban chispazos de luz blanca y lejanos estruendos, demostraban una resistencia a irse increíble.

Paola recordaba que su padre le había dicho en una noche muy similar a esa, mientras estaban encerrados en los campos de concentración y los truenos de una tormenta pasajera parecían sacudir el firmamento, que un ángel sagrado estaba soldando las verjas doradas del paraíso. Que temer era insensato y que allí no había peligro.

Ella y su padre habían estado encerrados en una casa, previamente a su asesinato en la ESMA.

Como en aquel entonces tenía solo once años, sus recuerdos eran prácticamente nulos pero las palabras pronunciadas por su progenitor le habían quedado grabadas a fuego en la memoria, al igual que su herido pero sonriente rostro, semi-oculto por la luz de los relámpagos reflejada en sus frías mejillas. Desde entonces, su temor a los rayos había quedado en el olvido.

Sintió un dolor en el pecho al recordarlo y notar lo mucho que le habría gustado poder hablar con él de su éxito. Pensar en la vida de su padre, del que solo le quedaban pocos recuerdos, la fragilizó sentimentalmente.

Para olvidarlo, prendió el estéreo y puso un poco de su música favorita. Le desagradaba llorar o mostrar indicios de debilidad emocional, un hábito que intentaba mantener ante el público.

"Pero ahora estas sola, Paola" se dijo.

Colocó un CD de rock en la disquetera para despejarse, pero ese estilo musical no era el apropiado. Al menos no para la ocasión. Cambió de idea e introdujo un nuevo CD; esta vez de música celta...

"Ah..." suspiró.

Poco congruente con el panorama que se desplegaba ante ella, repleto de edificios. Cerró los ojos un momento, dejándose llevar a un lugar de ensueño; de las enormes llanuras verdes, montañas imponentes surgían, perdiéndose a sí mismas en la humedad de las nubes. El lejano fragor de un río, diluyéndose en pequeñas cascadas se entremezclaba con la melodía... La naturaleza y las leyendas fusionadas místicamente...

Siempre había querido comprar una casita en lo alto de un cerro e irse a vivir allí, lejos de todo, pero la carencia de valor se lo había dificultado... ¿Quizás ahora que todo había terminado...?

Un bocinazo la atrajo abruptamente a la realidad. Una camioneta acababa de pasar en rojo.

"Qué imprudente", pensó *"Después se preguntan por qué ocurren tantos accidentes"*.

Debía estar alerta al camino; la tormenta había convertido al asfalto en una trampa mortal. Apagó la música y buscó la radio pero no funcionaba debido la tormenta. Sólo se oía una frecuencia lluviosa. La apagó nuevamente frustrada.

—Que tormenta —murmuró para sí, un tanto sorprendida.

Los limpiaparabrisas del coche se movían de un lado a otro, quitando constantemente los rastros del diluvio y dejando, aunque sea sólo por un instante, la visión mejorada.

Redujo la marcha al llegar a la esquina para doblar hacia la izquierda. Soltó el pedal de aceleración, presionó el embrague, y tras mover la palanca de cambio, soltó el pedal izquierdo para aumentar nuevamente la velocidad. Se tomó la libertad de no detenerse en algunos semáforos, a pesar de habérselo criticado al otro conductor, hasta que llegó al cruce de una avenida con mucha frecuencia vehicular y se vio obligada a aminorar la velocidad.

Del otro lado, se divisaba la estructura de un puente muy antiguo. Debajo de él corría el torrente de un arroyo bastante profundo. Siempre estaba lleno de desechos residuales.

Dejó escapar un suspiro y tiró el cigarro por la ventana. Un destello de dolor inició su camino desde la base del cráneo, envolviéndola lenta pero efectivamente en un incómodo abrazo. Mientras esperaba que el semáforo cambiase a verde, se frotó la frente con la mano izquierda e intentó olvidar la importancia que aquel día había tenido para ella y para su vida. Miró hacia delante. Las gotas seguían cayendo sobre el cristal y tamborileaban sobre el techo del vehículo.

Mientras estaba allí, pensó en su novela y en lo liberada que se sentía en ese momento luego de tanto estrés. Meneó el cuello para descontracturarlo y posó sus manos sobre el volante. ¿Qué le depararía la realidad a la que estaba soltándose? ¿Y qué sería de su vida ahora que planeaba vivirla en días y no en hojas de papel? Suspiró, sin respuesta, temiéndole al acechante destino.

Le pareció que el semáforo funcionaba defectuosamente. Estaba tardando más de lo habitual en cambiar a verde. Tal vez la tormenta había afectado su circuito.

Cansada de esperar, escrutó el cruce para comprobar que ningún otro vehículo se estuviese aproximando. La calle estaba desierta. Las únicas luces que distinguió eran las amarillentas de dos coches y un colectivo vacío que se encontraban a lo lejos. Si se apresuraba a cruzar, el tiempo para llegar al otro lado le bastaría sin problemas.